

MULHERES, CIÊNCIAS NATURAIS E EMPREGO ACADÊMICO NA ARGENTINA (1900-1940)

MUJERES, CIENCIAS NATURALES Y EMPLEO ACADÉMICO EN LA ARGENTINA (1900-1940)

WOMEN, NATURAL SCIENCES AND ACADEMIC EMPLOYMENT IN ARGENTINA (1900-1940)

Susana V. García¹

RESUMO:

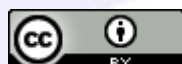
O objetivo deste trabalho é examinar alguns aspectos do referencial de ideias e possibilidades que cercaram a inserção feminina no mercado de trabalho acadêmico no contexto argentino da primeira metade do século XX, considerando como caso de estudo o ocorrido em uma instituição científica particular. Na primeira parte, focaliza-se o clima de ideias que circularam a respeito das “habilidades especiais” que as mulheres tinham para determinadas tarefas e empregos na primeira década do século XX, no contexto dos debates a favor do trabalho feminino, da emergência de um movimento feminista e das primeiras egressas universitárias de várias profissões. Na segunda parte, busca-se rever as possibilidades de emprego e de educação científica das mulheres no caso do *Museo de La Plata*, que desde 1906 foi incorporado à *Universidad Nacional de La Plata* funcionando como instituto científico e Faculdade de Ciências Naturais.

Palavras-chave: Emprego feminino. Ciências naturais. *Museo de La Plata*. Argentinas.

RESUMEN:

El objetivo de este trabajo es examinar algunos aspectos del marco de ideas y posibilidades que rodearon la inserción femenina en el mercado de trabajo académico en el contexto argentino de la primera parte del siglo XX, tomando como caso de estudio lo acontecido en una institución científica particular. Por un lado, se focaliza en el clima de ideas que circularon con respecto a las “habilidades especiales” que tenían las mujeres para determinadas tareas y empleos en la primera década del siglo XX, en el contexto de los debates por el trabajo femenino, la emergencia de un movimiento feminista y de las primeras egresadas universitarias en varias carreras. En la segunda parte, se revisa las posibilidades de empleo y

¹ Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Archivo Histórico del Museo de Ciencias Naturales da Universidad Nacional de La Plata (UNLP) Argentina. E-mail: garcia_su@yahoo.com.ar



educación científica de las mujeres en el caso del Museo de La Plata, que desde 1906 se incorporó a la Universidad Nacional de La Plata funcionando como instituto científico y Facultad de Ciencias Naturales.

Palabras clave: Empleo femenino. Ciencias naturales. Museo de La Plata. Argentinas.

ABSTRACT:

The aim of this paper is to examine some aspects of the referential of ideas and possibilities surrounding the insertion of women in the academic job market within the Argentine context in the first half of the twentieth century, considering a study case the event occurred at a private scientific institution. The first part focuses on the mood of ideas that have been conveyed concerning the "special skills" that women had for certain tasks and jobs in the first decade of the twentieth century, within the context of the debate in favor of female labor, the emergence of a feminist movement and the first university grads in various professions. In the second part, we seek to review the employment opportunities and scientific education of women in the case of the La Plata Museum, which, since 1906 has been incorporated into the La Plata National University, functioning as scientific institute and Faculty of Natural Sciences.

Keywords: Female employment. Natural Sciences. La Plata Museum. Argentine women

Algunas décadas atrás, los estudios de género y ciencia abrieron varios debates y diversas líneas de indagación en la historia y filosofía de las ciencias. Sintomático del auge alcanzado por estos estudios en la década de 1990, fue el volumen que dedicó la revista de historia de la ciencia *Osiris* en 1997. Para entonces, y continuado posteriormente, los análisis de diferentes casos y contextos históricos y nacionales hicieron visible un amplio rango de experiencias y diversas vías de participación femenina en las actividades científicas, generalmente ignoradas por las historias convencionales de la ciencia. Aunque muchos de los estudios iniciales se concentraron en los relatos biográficos y el "rescate" historiográfico de las mujeres excepcionales y "pioneras" que hicieron contribuciones significativas a la ciencia en el pasado, otras investigaciones focalizaron en cuestiones más generales vinculados a los patrones de división sexual del trabajo científico y cómo operaron las concepciones de género en la organización de las comunidades científicas y en las representaciones y el contenido de las ciencias en distintos momentos históricos (KOHLSTEDT, 1995; KOHLSTEDT y LONGINO, 1997).

Varios de los trabajos sobre la historia de las mujeres en ciencia también mostraron que lejos de una concepción esencialista de "mujeres", esas indagaciones

se basaban en personas o grupos específicos en lugares, tiempos y campos disciplinares particulares, donde las presencias, experiencias y oportunidades fueron diferentes en cada contexto y sector social. Como advirtió Rossiter (1997), es necesario tener en cuenta que ciencia y que mujeres en determinados momentos tomamos como objeto de estudio al historiar la participación femenina en las actividades científicas. Para esta investigadora un indicador importante a tener en cuenta es la proporción, aunque cambiante a lo largo del tiempo, de las mujeres en cada campo o subcampo científico. Asimismo, las investigaciones de Rossiter (1980,1982) sobre la incorporación de las mujeres al mercado laboral de la ciencia norteamericana, en tareas y espacios específicos en la transición del siglo XIX al XX, constituyeron un referente importante para otros estudios sobre el trabajo de las mujeres en ciencia. En este artículo, se retoma esa línea de indagación para tratar el contexto argentino de las primeras décadas del siglo XX. En particular, se procura examinar algunos aspectos del marco de ideas y posibilidades que rodearon la inserción femenina en el mercado de trabajo académico, tomando como caso de estudio lo acontecido en una institución científica particular. Para ello, en la primera parte de este trabajo, se focaliza en el clima de ideas que circularon con respecto a las “habilidades especiales” que tenían las mujeres para determinadas tareas y empleos en la primera década del siglo, en el marco de los debates por el trabajo femenino, la emergencia de un movimiento feminista y de las primeras egresadas universitarias en varias carreras. En la segunda parte, se atiende a las posibilidades de empleo y educación científica de las mujeres en el caso del Museo de La Plata, que desde 1906 se incorporó a la Universidad Nacional de La Plata funcionando como instituto científico y Facultad de Ciencias Naturales. Los documentos del Archivo Histórico de esta institución (en adelante AHMLP), permiten identificar quienes fueron los primeros estudiantes así como seguir los nombramientos de ayudantes, la distribución de becas y los debates en torno a la selección del personal científico. Los puestos rentados de auxiliares a los que inicialmente accedieron las mujeres hablan de una mayor burocratización de las prácticas científicas, pero también de un campo débil en recursos humanos para afrontar la expansión institucional y especialización que se opera durante las primeras décadas del siglo XX. También remite a nuevas posibilidades laborales que buscarían las mujeres de clase media y con educación superior.

LA “MUJER MODERNA” Y LAS TAREAS BUROCRÁTICAS

En 1900, la popular revista ilustrada *Caras y Caretas* publicaba una nota titulada “Burocracia femenil” donde se celebraba la contratación de mujeres en una oficina pública de Buenos Aires. La nota incluía una fotografía de las tres “señoritas escribientes” sentadas en un escritorio y completando los grandes libros de asiento de datos del Registro Civil. Se calculaba que muy pronto esa iniciativa sería seguida por otras reparticiones públicas y los altos funcionarios se verían “asediados por las recomendaciones para empleo de señoritas, y aun cuando no lo deseen, las oficinas se transformarán en verdaderas tertulias en que la *flirtation* estará á la orden del día” (sic). A pesar de ello, se aplaudía:

la feliz iniciativa de emplear á las mujeres en aquellas labores de oficina que son armónicas con el decoro y capacidad del sexo. La mujer por su carácter y sus aficiones es aparente para todos aquellos trabajos de paciencia y de método que no pueden ser, no obstante, ampliamente remunerados. (*Caras y Caretas*, 28/8/1900)

El empleo de mujeres en la administración pública, sin embargo, no se extendió tan rápidamente como presagiaba *Caras y Caretas* en el marco de las discusiones sobre el trabajo de la mujer y las profesiones adecuadas a su sexo. En los inicios del siglo, la propaganda de las primeras máquinas de escribir norteamericanas que se ofrecían en el mercado local, asociaban a las mujeres a estos nuevos dispositivos técnicos de oficina. También algunos que defendían la ampliación de las oportunidades laborales para las mujeres instruidas, consideran que estas encontrarían un “honroso empleo” en “las tranquilas labores” de los archivos y bibliotecas, prestando servicios a las ciencias, las artes y la administración (FORS, 1904). No obstante, pasarían varios años para que las mujeres pudieran obtener un puesto rentado en los escalafones más bajos de esos ámbitos o en los espacios científicos, donde las tareas burocráticas de los gabinetes parecían corresponderse con las condiciones del “bello sexo”.

En la Argentina de inicios del siglo XX, junto a un creciente movimiento feminista hubo un debate sobre la “naturaleza femenina” y las ocupaciones y profesiones que parecían más pertinentes para las mujeres más allá de su “vocación natural” como madres y amas de casa. Un amplio rango de opiniones se generó en torno a la “cuestión femenina” y la presencia de las mujeres en nuevas actividades, desde las celebratorias a las que cuestionaban las consecuencias que ello traería en

su “función” reproductiva y más en general en la organización de la familia y la sociedad (NARI, 2004). En el censo municipal de Buenos Aires de 1904, se reconocía el aumento de las mujeres con profesión, oficio u ocupación como una característica de los tiempos modernos:

la intervención de la mujer en diversos ramos de la actividad profesional, comercial o industrial que antes estaba exclusivamente reservada a los hombres es cada día mayor en la República Argentina y sobre todo en la capital. Hoy la mujer presta servicios en el Registro Civil, en el correo y en el telégrafo. Tiene además casi exclusivamente a su cargo el servicio de teléfonos. Una parte de este censo fue también compilada por manos femeninas (FEIJOO, 1990, p. 290).

Si bien esos no eran los únicos ámbitos laborales para las mujeres al iniciarse el siglo, la presencia femenina en nuevas ocupaciones como escribientes en el Registro Civil u operadoras en los servicios de comunicaciones como el correo, el telégrafo y especialmente la telefonía (BARRANCOS, 2008)², se asociaría a actividades que requerían un desempeño metódico y rutinario y algún grado de escolaridad. Como señala Nari (2008), el mercado de trabajo reproducía pero también creaba nuevas pautas para la división sexual de tareas y estereotipos de género. Así, por ejemplo, el trabajo en las oficinas y ciertas tareas burocráticas asociadas a la repetición y la copia fueron vistos como actividades armónicas con la aptitud natural de la “mujer moderna”, tal como sostendría el director de la Sección Pedagógica de la Universidad Nacional de La Plata, Víctor Mercante. Este profesor reconocía que “el problema de la mujer” constituía parte de la llamada “cuestión social” vinculada al mundo del trabajo, así como parte de los reclamos actuales de algunos sectores que:

piden que todos los ramos del trabajo se abran y faciliten, de suerte que pueda entrar en concurrencia con el hombre. Los más avanzados quieren que no se reduzca esta concurrencia al terreno de las tareas vulgares y de las funciones ínfimas, sino que se extienda al dominio de las artes y de las ciencias. Reclaman la admisión de las mujeres á la enseñanza académica, que se les permita asistir á las cátedras de estudios superiores y proponen las diversas ramificaciones del profesorado, las funciones médicas y los empleos de estado (correos, telégrafos, caminos de hierro), para las que las consideran especialmente dotadas, citando en su apoyo los resultados prácticos obtenidos en América del Norte. La solución completa del problema de la mujer, y entendamos por solución no sólo que la mujer debe ser jurídicamente igual al hombre, sino que debe gozar de la plenitud de su libertad económica, es tan posible en las condiciones sociales y políticas de este momento como la de la cuestión obrera. (MERCANTE, 1908, p. 760)

² Como ha examinado Dora Barrancos (2008), la incorporación de las mujeres al servicio telefónico incluyó una discriminación según el estado civil de las trabajadoras, excluyéndose de manera explícita a las casadas y viudas en las primeras décadas que sucedieron a su implantación en la Argentina.

Su comentario se inscribía en un debate sobre las aptitudes femeninas y la presunción de la limitada capacidad intelectual y científica de las mujeres. Mercante, al igual que otros profesores de la Sección Pedagógica, reconocería la existencia de diferencias entre los hombres y las mujeres que hacían más aptos o “preferibles” a unos que otros para determinadas tareas³. Según las investigaciones realizadas en los colegios de La Plata, constataba que las mujeres eran en promedio menores en talla, peso, fuerza, solidez y resistencia que los varones, pero “esas diferencias no son tales para declararlas ineptas para los trabajos”, especialmente teniendo en cuenta que “hoy el brazo ha delegado su fuerza en la máquina y la máquina no exige talentos ni kilográmetros, sino cuidados para marchar” (MERCANTE, 1908, p. 764).

En cuanto a las capacidades psíquicas, el director de la Sección Pedagógica dividía las actividades mentales en dos grandes grupos: las capacidades reflejas y perceptuales y las funciones elaborativas. Apoyándose en las investigaciones realizadas en Japón y otros países, así como llevadas a cabo en las escuelas platenses y las pruebas psicológicas y fisiológicas implementadas en los cursos de la Sección Pedagógica, Mercante señalaba que la limitada esfera elaborativa y creativa de la mujer se compensaba con la refleja, lo que la hacía “excepcionalmente dotada para la imitación, la fidelidad y la exactitud de los movimientos” y las ocupaciones que requerían concentración y disciplina en la labor:

De aquí que como telegrafista, escribiente, copista, tesorera, dibujante, artista, empleada, resulte mejor que el hombre, si agrega su espíritu paciente y su escasa impulsividad que la hace más honrada, más puntual y menos subversiva [... pero...] El exceso de perceptividad por esa ley de reabsorción, empobrece las aptitudes elaborativas, aptitudes de creación y combate. [...] Por eso la mujer no es inventora ni criminal como el hombre, es decir, el genio es en ella menos frecuente y más anómalo. [...] Aquellas ocupaciones, pues, que exigen una actividad constante de los centros de relación, complicados por el análisis de los hechos, no las desempeña en las actuales circunstancias sino el hombre [...] será una excelente química, una buena farmacéutica, una buena preparadora, una eximia catedrática, como ó superior al hombre, mientras no se exija á su cerebro la solución de

³ Otro profesor de la Sección Pedagógica, Carlos Rodríguez Etchart, consideraba que cada sexo desarrollaba aspectos diferentes pero complementarios: el hombre era pensamiento y la mujer sentimiento. Pero reconocía que la psicología moderna no había descubierto ninguna diferencia cualitativa en la actividad mental entre los sexos, mientras las observadas hasta la fecha eran meramente cuantitativas de sensibilidad, emotividad y actividad. También se preguntaba en que podían influir el sexo o las cualidades orgánicas en la adquisición de las ciencias, y sobre todo en la aplicación y difusión de las ciencias, donde lo que importaba era saber: “es mejor profesional el que sabe más”. Reconocía que había algunas diferencias que influyen sobre la conducta pero no eran las que orientaban la ciencias. Más allá de intentar relativizar y complejizar el tema de la inferioridad o no de la mujer, concluiría su reflexión señalando: “hay circunstancias en que los servicios de uno de los sexos debe preferirse á los del otro, como cuando se prepara á los hombres para la guerra ó á las mujeres para el hogar doméstico, ó se trata de educar adultos ó niños” (RODRÍGUEZ ETCHART, 1908, p.786)

un problema que importe una nueva ley, una nueva teoría, un nuevo concepto. Pero dirigiendo instituciones, administrando justicia, abogando, haciendo política, creando obras de arte, ciencia, filosofando, será una vencida. Las excepciones, es natural, abundan. (MERCANTE, 1908, p. 766)

El texto de Mercante sobre la “mujer moderna”⁴, que también expuso en una conferencia de extensión universitaria, formó parte del debate sobre la inferioridad de la mujer que se dio en 1908 en la Asociación Nacional del Profesorado, donde se nucleaban profesoras normales y docentes de enseñanza secundaria junto con algunos biólogos, médicos y profesores universitarios. En el seno de esa Asociación, la socialista Alicia Moreau, propuso tratar el tema tras las conferencias muy publicitadas y concurridas del sociólogo italiano Enrico Ferri, quien sostuvo la inferioridad biológica e intelectual de la mujer en relación al hombre. La cuestión fue tratada en varias sesiones y publicada en la revista de la Asociación, llamada *El Libro*, aunque no se llegaría a ninguna declaración o conclusión consensuada. Algunos apoyaron los argumentos del criminalista italiano, aunque fueron más las voces que criticaron especialmente la idea de inferioridad mental, apelando a argumentos científicos y los escasos conocimientos que aún se tenían del sistema nervioso, pero también relativizando las diferencias según los parámetros de comparación y las diferencias culturales y de clase tal como señalaría la joven estudiante de medicina, Alicia Moreau (1908). Otra profesora normalista, retomando las ideas de algunas universitarias, también cuestionaría la incapacidad femenina para los estudios científicos, señalando la importancia de una buena preparación científica para aplicar en el hogar y en las funciones de madre y esposa. Dos años después, el Congreso Feminista Internacional organizado en Buenos Aires por la Asociación de Universitarias Argentinas, concluyó que “ninguna condición psíquica ni social hacen ineptas á las mujeres para entregarse a las investigaciones científicas como lo demuestran los ejemplos cada vez más numerosos”⁵.

La Asociación de Universitarias argentinas fundada en 1904, había planeado dicho congreso de forma separada y paralela al congreso de mujeres patrióticas que con unos pocos días de diferencia realizó el Consejo Nacional de Mujeres, donde

⁴ Cabe destacar que las investigaciones e ideas de Mercante y algunos otros miembros de la Sección Pedagógica de la universidad platense, no serían compartidas por algunos científicos de la época. Tampoco parecieron inhibir a varias jóvenes que cursaron en esa Sección, siguiendo de forma paralela o posteriormente los estudios científicos y publicaron los primeros trabajos firmados por mujeres en las revistas científicas argentinas.

⁵ Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actos y Trabajos. Buenos Aires: Imprenta Cepi, 1911.

participaban señoras de la alta sociedad y defendía valores más tradicionales. Así, para 1910 el movimiento de mujeres se presentaría dividido y organizando eventos paralelos para los festejos del Centenario de la Independencia. Las universitarias, por su parte, asumieron una mayor defensa por la ampliación de los derechos civiles y políticos de las mujeres y las oportunidades para ejercer distintas profesiones (BARRANCOS, 2002; RECALDE, 2010). Precisamente, las universitarias y feministas vinculadas a estas reivindicaciones han sido las que más quedaron registradas en la historia como los casos más emblemáticos de las mujeres en la Argentina.

Al terminar la primera década del siglo XX, se contaban con unas contadas egresadas de las universidades argentinas: nueve médicas (Kohn Loncarica y Sánchez, 1996), varias farmacéuticas, odontólogas y doctoras en filosofía y letras, una abogada, una doctora en química, una ingeniera agrónoma y profesoras de enseñanza secundaria, mientras otras estaban concluyendo sus estudios en esas carreras y en ciencias naturales. Las primeras alumnas y graduadas en ciertas profesiones tuvieron publicidad en esos años, como se observa en las fotografías publicadas en la revista ilustrada *Caras y Caretas*, donde la carrera de farmacéutica aparecía como “una de las más adecuadas para su sexo”. En otras profesiones, en cambio, el sexo aparecía como excusa para impedirles el ejercicio profesional u ocupar ciertos cargos. Las acciones que debieron desplegar las primeras mujeres para ser admitidas en ciertos estudios o para el ejercicio profesional, tuvieron repercusiones en los ámbitos académicos y los diarios de la época, dando publicidad al tema de las mujeres en los estudios universitarios y sentando precedentes para el posterior ingreso de otras. Por su parte, la Asociación de Universitarias Argentinas también desplegó una campaña de difusión y visibilidad, organizando banquetes para celebrar a culminación de los estudios de las mujeres, de forma similar a lo practicado por sus colegas masculinos. Paralelamente, la prensa continuó publicitando las nuevas ocupaciones de la mujer y la ampliación de las esferas para su desempeño profesional. Al iniciarse la década de 1910, comienzan a publicarse trabajos científicos firmados por mujeres, a ocupar cargos de ayudantes y auxiliares en algunas instituciones científicas y a egresar de las universidades las primeras doctoras en ciencias naturales. En la siguiente sección, se examinan las posibilidades de empleo académico, tomando como caso de estudio el Museo y la Universidad Nacional de La Plata.

LAS POSIBILIDADES DE EMPLEO ACADÉMICO: EL CASO DEL MUSEO DE LA PLATA

El Museo de La Plata fue fundado en 1884, dos años después de crearse la ciudad de La Plata como capital de la Provincia de Buenos Aires. Dependiente de la administración provincial, este museo abarcaría tanto el estudio y la exhibición de la naturaleza y el pasado del territorio como la producción artística e industrial del hombre. No obstante, los programas de trabajo y las actividades fueron variando como parte de las estrategias de supervivencia institucional, frente a lo endeble de los apoyos políticos y los recursos económicos (Podgorny y Lopes, 2008; Farro, 2009). Entre ello, se organizaría en los sótanos de la institución un taller de publicaciones oficiales de la Provincia, donde al terminar el siglo trabajarán varias mujeres como encuadernadoras y dobladoras de papel, mientras alguna otra recibió una retribución por alimentar algunos animales que se tenían para observación. En 1906 con la incorporación de este museo a la nueva Universidad Nacional de La Plata como instituto de investigaciones y Facultad de Ciencias Naturales, la presencia femenina se registraría en sus aulas y espacios de trabajo científico. Inicialmente dentro de esta unidad académica funcionaron las carreras de ciencias naturales, farmacia, química y los profesorados en geografía y en dibujo; todas las cuales contaron con la inscripción de mujeres. En este contexto varones y mujeres se formaron en estrecha interacción, participando en los mismos circuitos de formación y de sociabilidad estudiantil. Entre esto último, se puede mencionar la incorporación de las estudiantes como socias y también en la comisión directiva - algo poco usual en la época- del Centro de Estudiantes del Museo, desde el cual se organizarían conferencias, reuniones de discusión y repaso de los temas dados en las clases, una biblioteca y sala de lectura, la publicación de apuntes y una revista así como algunas excursiones (GARCÍA, 2010).

Cabe señalar que en la ciudad de La Plata, desde la creación de la universidad provincial en 1897, se observó la concurrencia de señoras y señoritas en las aulas universitarias. No solo la Escuela de Obstetricia, destinada a la formación de parteras, sino también la carrera de Farmacia contaron con alumnas regulares y egresadas, mientras algunas mujeres acompañaron a sus esposos a las clases de ciencias jurídicas en calidad de "oyentes". Especialmente, la profesora

norteamericana Mary O'Graham, directora de la Escuela Normal de La Plata, promovió que sus alumnas y alumnos continuaran estudiando en la universidad y por sus clases pasaron algunas destacadas feministas de la primera década del siglo XX. En esos años, existió en la ciudad un importante movimiento librepensador y sectores laicistas favorables a la educación de las mujeres y su participación en la vida pública. Al organizarse la Universidad Nacional en 1906, sobre la base de un conjunto de instituciones científicas y de educación superior que venían funcionando bajo el gobierno provincial, varias carreras contaron con alumnas regulares. En especial, los estudios pedagógicos tuvieron con un alto porcentaje de matriculación femenina, ya que fueron admitidos los egresados de las escuelas normales, lo que no era aceptado en las carreras universitarias más tradicionales y de mayor jerarquía como abogacía, medicina e ingeniería para lo cual se requería el título de bachiller de los colegios nacionales. Ingresando a la universidad a través de los cursos del profesorado de la Sección Pedagógica, varias maestras egresadas de escuelas normales prosiguieron luego el doctorado en ciencias naturales. La obtención del título profesional junto con el de profesor de enseñanza secundaria, que ofrecía mayores posibilidades laborales, fue una situación frecuente entre las diplomadas en farmacia, química, ciencias naturales y dos de las primeras tres ingenieras agrónomas que se recibieron en el país entre 1910 y 1912. Poco antes, en 1909, se había recibido también en La Plata la primera abogada del país, quien tuvo una amplia publicidad en la prensa por las acciones que desplegó para poder ser aceptada en la Corte Suprema provincial y ejercer su profesión. En cambio, las graduadas de las carreras científicas, algunas de ellas poco vinculadas a los movimientos feministas no tuvieron la misma visibilidad pública en la prensa. De hecho, el nombramiento de una profesora adjunta en el Instituto de Física platense en 1909, época en que en otras instituciones universitarias las mujeres que se presentaban para ser profesoras suplentes eran rechazadas, ha sido tenido poco en cuenta en los relatos sobre las primeras profesoras universitarias donde se ha tendido a celebrar a las figuras más mediáticas y vinculadas a la Universidad de Buenos Aires y los movimientos de mujeres. En el caso, de la incorporación de la físico-química danesa Margrete Heiberg de Bose a cargo de un curso práctico de física experimental fue parte de las condiciones de trabajo exigidas por su marido, Emil Bose, quien fue contratado para la reorganización de los estudios en ciencias físicas y promover las investigaciones científicas. Tras la muerte de su marido en

1911, Margrete Bose siguió en ese cargo un tiempo más, luego viajó a Europa y después de la primera guerra mundial volvió a incorporarse al profesorado del Instituto de Física, aunque no sin dificultad por la competencia con los primeros egresados en esta disciplina que por entonces tenía pocas perspectivas laborales más allá de la docencia universitaria o secundaria (HUNTER y PYENSON, 2005). Cabe señalar que esta presencia femenina no parece haber despertado el interés de otras mujeres por investigaciones o los estudios en ciencias físicas durante esa época.

Las ciencias naturales y químicas, en cambio, contaron con alumnas desde la creación de la Facultad de Ciencias Naturales en el Museo de La Plata, donde también se registraron muchas jóvenes en los cursos de dibujo y de farmacia. En 1917, por ejemplo, la matriculación femenina alcanzó el 38 % de los 261 alumnos de las distintas carreras de esta Facultad, mientras que entre los 163 estudiantes de otras unidades académicas que siguieron cursos en esta institución, las mujeres solo representaron el 2,5%. A principios de 1920, las Escuelas de Química y Farmacia y la de Dibujo se separarían del espacio del Museo, que quedaría como un instituto de investigaciones con la Escuela de Ciencias Naturales. La Facultad de Química y Farmacia mantendría un porcentaje significativo de alumnas: en 1924 sería del 22%, mientras que en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación era casi del 42% y en las otras unidades académicas, oscilaría entre el 2% y el 0,5%. En ese sentido, es importante destacar que los porcentajes de mujeres en los estudios universitarios fueron muy diferentes según las carreras y facultades y el período que se trate. En el caso de las ciencias naturales, hasta la década de 1930 la cantidad de alumnos fueron muy pocos al igual que en la Universidad de Buenos Aires y en la de Córdoba. En La Plata, la matrícula estudiantil varió por año entre uno y doce alumnos hasta inicios de la década de 1930 y la proporción de mujeres fue bastante significativa⁶. A partir de ese momento y durante la siguiente década se produce un constante y rápido incremento de estudiantes varones, en parte por la promoción y becas de las empresas petroleras para la formación de geólogos. Esto también se reflejó en el número de graduados. Así, mientras entre 1906 y 1939 se doctoraron 23 personas, de las cuales el 39% fueron mujeres, a lo que se agregan dos más que

⁶ En un libro de registros de alumnos que se conserva en el AHMLP, figuran 46 estudiantes regulares, es decir, que se matricularon en ciencias naturales y rindieron algunas materias, entre 1906 y 1930. El porcentaje de mujeres alcanzó el 48 %.

obtuvieron el título de licenciadas en ciencias naturales. Durante la siguiente década, 143 estudiantes obtienen el diploma de doctor, habiendo disminuido el porcentaje de mujeres al 16%. Para ese entonces, según una lista de naturalistas profesionales y aficionados de la Argentina publicada en 1949, se contaban con casi 800 personas dedicadas a las ciencias naturales en todo el país, constituyendo las mujeres el 14%⁷ (MARTÍNEZ FUENTES; PARODIZ, 1949).

En las primeras décadas del siglo XX, la poca concurrencia de estudiantes en ciencias naturales pareció ser un factor que favoreció la situación de las mujeres que se inclinaron por estos estudios y algunas serían convocadas para desempeñarse como colaboradores y ayudantes en las oficinas de investigación aplicada del gobierno u otras instituciones estatales (GARCÍA, 2006). En algunos casos, las estudiantes vieron facilitado el acceso a los puestos de ayudantes gracias a las habilidades que mostraron como dibujantes, un arte que formaba parte de la educación y el ocio de muchas niñas de la época. Otras fueron estimadas como “eficaces colaboradas” en la tareas de ordenamiento de las colecciones y la confección de etiquetas, fichas y registros que conformaban parte de las actividades rutinarias y burocráticas del trabajo de los naturalistas. El acceso a becas, ayudantías o a las adscripciones honoríficas en algunas instituciones científicas, pareció constituir un estímulo para que algunas comenzaran a elaborar y firmar trabajos científicos y a especializarse en alguna área o en el estudio de ciertos organismos. Esto, sin embargo, no implicó que las naturalistas gozaran de las mismas prerrogativas que sus colegas masculinos para desarrollar una carrera académica.

En 1906, al organizarse la Facultad en el Museo de La Plata se crearon puestos de ayudantes-alumnos para atraer estudiantes y promover vocaciones por los trabajos científicos. Ese año se dispuso de un amplio presupuesto y se establecieron seis ayudantías para las secciones de las Ciencias Naturales, otras seis para los laboratorios de Química y Farmacia, y la misma cantidad para el trabajo de gabinete en el área de Geografía física. Todos esos cargos se

⁷ La lista comprendía desde los que tenían una formación académica y se desempeñaban en alguna institución científica hasta que se dedicaban al coleccionismo, los aficionados en alguna disciplina, profesores, conservacionistas y miembros de algunas asociaciones de las distintas áreas de las ciencias naturales. La participación femenina puede agruparse en las siguientes áreas: a) 35 mujeres en botánica y microbiología; b) 26 en Zoología; c) 18 en geología y mineralogía, d) 5 en paleontología, e) 1 en antropología, y f) 26 en un heterogéneo grupo de coleccionistas, musicólogas y conservacionistas, esta últimas vinculadas a la Sociedad Ornitológica del Plata y la asociación “Natura”.

distribuyeron entre estudiantes varones. Al año siguiente, solo uno de los de ciencias naturales continuaría hasta 1908, ya que los otros dejaron los estudios o quedaron cesantes por desaprobado algún examen. Para ocupar una de esas ayudantías vacantes se nombró en septiembre de 1907 a una joven que tenía excelentes calificaciones en sus exámenes: Carolina Etile Spegazzini. Hija mayor y colaboradora del profesor de botánica, el italiano Carlos Spegazzini, fue la primera persona en terminar la licenciatura en ciencias naturales junto con el profesorado en enseñanza secundaria en 1910. Además estudió farmacia y completaría el doctorado en química en 1918, tras lo cual fue ascendida jefe de trabajos de laboratorio. También fue una de las primeras jóvenes en publicar notas de investigación. En 1911, aparecerían sus primeros trabajos. Uno de ellos en la *Revista del Museo de La Plata* en coautoría una compañera de estudios, María Luisa Cobanera, basado en investigaciones que realizaron en los laboratorios de la institución dos años antes. Cobanera, como Spegazzini, había sido nombrada ayudante en 1909, cursó algunas materias de ciencias naturales, se graduó de farmacéutica y luego de doctora en química en 1912. Entre 1911 y 1912 contó con una de las becas del gobierno para perfeccionar sus estudios. Fue la segunda mujer en terminar el doctorado en la Escuela de Química y Farmacia platense y su director tenía expectativas de que pudiera desarrollar una carrera científica, pero poco después de terminar sus estudios, se casó y mudó a la provincia de Córdoba.

Al igual que ellas, otras alumnas tendrían acceso a los cargos de ayudante-estudiantes, gracias a las reglamentaciones que se fueron estableciendo en torno a esos puestos⁸. Entre 1907 y 1919, 17 alumnas de las distintas carreras ocuparon esas posiciones, siendo varias de ellas ascendidas posteriormente a jefe de trabajos prácticos o de laboratorio al completar sus estudios o auxiliares en la enseñanza de dibujo en el caso de las egresadas del profesorado en dibujo. Las reglamentaciones de estos cargos, al igual que las becas que se otorgaron entre 1910 y 1914 para incentivar la carrera de ciencias naturales, fueron muy estrictas con respecto a las altas calificaciones que debían poseer los candidatos y el mantenimiento de los mismos estuvo supeditado a la aprobación regular de materias sin aplazos. A fines

⁸ En 1907 se elaboró un nuevo reglamento del Museo, donde se mencionaba que los ayudantes-alumnos debían “dar el ejemplo de dedicación y orden, colaborando con sus superiores á la conservación de material de los gabinetes y laboratorios [...] perderán sus empleos por falta de puntualidad ó celo en el cumplimiento de sus deberes, por infracciones á la disciplina y por haber sido reprobados ó aplazados en alguno de sus exámenes, rendidos dentro del Instituto”. *Digesto de la Universidad Nacional de La Plata*, 1910, p. 224.

de 1913 se estableció el concurso para acceder a estos cargos. Todos los estudiantes interesados podían inscribirse como candidatos y luego eran seleccionados por los profesores según sus calificaciones y la dedicación demostrada en las clases. Esto abrió mayores oportunidades a las jóvenes estudiantes.

En general, las alumnas de ciencias naturales se destacaron por ser mejores estudiantes entre las pocas personas que seguían estos estudios y tener altas calificaciones, por lo que pudieron acceder rápidamente a las becas y ayudantías disponibles y mantenerse en esos cargos o ser ascendidas a la siguiente categoría de jefes de trabajos prácticos o de laboratorio. El acceso a la posición superior de profesor universitario, en cambio, sería mucho más difícil y un proceso más lento que en el caso de los varones. Recordemos, por ejemplo, que en la Universidad de Buenos Aires las primeras dos médicas que ganan un concurso de profesor suplente en la década de 1920, debieron efectuar varias apelaciones y presentaciones para que se las tuviera en cuenta en las ternas. En la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Córdoba, al recomendarse una egresada de ciencias naturales de Buenos Aires como candidata para la cátedra de zoología en 1920, uno de los miembros del consejo académico cuestionó si “no sería inconveniente el sexo para el desempeño de estas funciones”⁹. Después de un debate, se acordó que si la candidata reunía las condiciones didácticas y preparación requeridas, el “sexo” no podía ser un inconveniente para dirigir la cátedra. Sin embargo, esa entomóloga no fue contratada ni tampoco se nombró un profesor de zoología hasta varios años después. En el caso del Museo de La Plata, si bien en 1918 se propusieron los nombres de dos egresadas para integrar la terna para el puesto de profesor de botánica y una de ellas quedó segunda en la terna, ninguna naturalista llegaría a ganar un cargo de profesora hasta 1933.

Los empleos de ayudantes y especialmente las becas de estudios que se consiguieron entre 1910 y 1915 constituyeron un incentivo para reclutar los pocos alumnos que se interesaron por los estudios de ciencias naturales. El importe de estas becas fue inicialmente de 150 pesos mensuales, igual que la remuneración de un jefe de laboratorio o de trabajos prácticos y el doble que la que percibía los ayudantes alumnos o un maestro de escuela. La posibilidad de acceder a estas becas pareció estimular la inscripción de algunos alumnos y alumnas en la carrera

⁹ *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, 1920, VII, n° 8-10.

de ciencias naturales, quienes al mismo tiempo solicitaban la admisión en la Facultad y una beca. Con algunas excepciones, varios de estos casos muestran que los estudiantes de ciencias naturales no provenían de sectores privilegiados o altos ingresos.

Según las cátedras y secciones, los cargos de ayudantes fueron destinados para ayudar en la preparación de material didáctico y el desarrollo de las clases prácticas o auxiliar en el cuidado de colecciones o en las actividades de investigación de los profesores. Los alumnos constituyeron una fuerza de trabajo calificada y de bajo costo para auxiliar en las tareas cotidianas de los laboratorios y gabinetes. Para los estudiantes y jóvenes graduados, los puestos de ayudantes y jefes de laboratorio facilitaban el acceso y el uso de las instalaciones, equipos, colecciones y otros materiales para realizar trabajos científicos, además de constituir una ayuda económica aunque no muy elevada. Asimismo, estos cargos auxiliares así como las adscripciones *ad-horem* (permisos especiales para trabajar en determinada sección y encargarse del estudio de una colección o determinado grupo de especímenes) que se generalizaron en el Museo Nacional de Buenos Aires a partir de 1920 y en otros centros científicos, constituyeron reconocimientos institucionales que posibilitaban no solo acceder a colecciones, material de estudio y bibliografía especializada sino también publicar en las revistas y otras ediciones oficiales de estas instituciones, desde donde se difundía el trabajo de su personal y los estudios realizados a partir de sus colecciones.

En los inicios de la década de 1920, como ya se mencionó, el Museo de La Plata se separó de las Escuelas de Química y Farmacia y de la Dibujo, quedando la Escuela de Ciencias Naturales que contaba con escasos alumnos y un personal científico-docente también era reducido. En 1923 se establecería un nuevo reglamento para el Museo, redefiniendo la institución como un instituto de investigaciones integrado por departamentos científicos y dedicado a la exploración de territorio nacional. Los cargos de ayudantes y jefes de trabajos prácticos ocupados por alumnos y egresados, principalmente mujeres, debían combinar tareas técnicas y docentes, implicando una asistencia diaria y mayor carga horaria que los puestos similares en otras facultades, donde solamente asistían los días de clase y gozaban de mayores vacaciones siguiendo el receso escolar. Al terminar la década de 1920, existían un par de cargos de ayudantes y cuatro puestos de jefe de trabajos prácticos en el Museo, tres de ellos ocupados por mujeres: el de Botánica,

el de Paleontología y el de Mineralogía, Petrografía, Geología y Geografía física. Sus tareas principales giraban en torno al espacio del gabinete y las clases prácticas, ya que a diferencia de los auxiliares varones, no hay registros que fueron enviadas en misión oficial hacer trabajo de “campo” por diferentes partes del país. Ciertas ideas sobre la adecuación de un sexo u otro para realizar determinadas tareas parecían persistir, como se manifestaría en uno de los artículos del reglamento de jefes de trabajos prácticos y personal auxiliar de 1930: “Dado el carácter especial de las tareas de algunos departamentos, los jefes de los mismos tendrán opción a decidir si el personal auxiliar ha de ser, en cada caso, masculino o femenino, debiéndose declarar este requisito al abrir el concurso para cada uno de estos cargos” (AHMLP, Libro de Actas del Consejo Académico, tomo III, folio 417).

Aunque no hemos encontrado que ese requisito se estableciera en los llamados a concursos de jefe de trabajos prácticos y ayudantes en esa época. No obstante, unos meses antes, ese criterio había servido de excusa para no tener en cuenta a las egresadas a la hora de analizar posibles candidatos y confeccionar una terna para el nombramiento de un profesor de zoología y jefe de Departamento en Biología. Para el entonces director del Museo, parte de las funciones de este cargo comprendían reunir colecciones, explorar y realizar “trabajo de campo” en diferentes lugares, por lo que las naturalistas: “no pueden ser incluídas en esta lista porque su condición de mujeres no les permite cumplir con todas las obligaciones inherentes al cargo, tales como salir a expedicionar en los diferentes Territorios de la República” (AHMLP, Libro de Actas de reuniones extraordinarias del Consejo Académico y Asambleas de Profesores, folio 55).

Con ello, fueron excluidas dos zoólogas que habían pedido ser tenidas en cuenta como candidatas. Una de ellas, María Isabel Hylton Scott de Birabén tenía antecedentes docentes y científicos que la podía acreditar para ese cargo, aunque los conflictos que había tenido anteriormente con el director del Museo no la ayudarían. Por otro lado, las medidas que trato de implementar este último para llenar esa vacante, inicialmente trayendo al país a un zoólogo alemán recién egresado y que no contaba con más antecedentes que los diplomados de La Plata o Buenos Aires (Podgorny, 1996, García, 2010), fueron muy cuestionadas y no se llegarían a resolver durante su gestión. En ese contexto, la discriminación sexual que explícitamente se manifestó al excluir a la mujeres no se discutiría, pero si la situación relegada de los graduados argentinos frente a los extranjeros.

En 1933, la dirección del Museo sería asumida interinamente por el presidente de la Universidad, Ricardo Levene, quien buscó fomentar una mayor participación de los egresados, fomentar sus vocaciones científicas y el acceso a los cargo de profesor, ocupados hasta ese entonces por científicos extranjeros. Ese año y en ese nuevo contexto, Hylton Scott ganó el concurso de profesora suplente en Zoología, cuya titularidad era ejercida por el marido, pero quien se abstuvo de intervenir en ese concurso. Unos meses después, una antigua ex-alumna de la institución, Juana Cortelezzi¹⁰, ganaba el concurso de profesora titular en la cátedra de Mineralogía y Petrografía, frente a otros investigadores varones, entre ellos un geólogo alemán con numerosos trabajos y actuación en el país. En este caso, el jefe del departamento de esa área, también un alemán, insistió en el nombramiento de Cortelezzi, a quien consideraba la más apta de los cuatro postulantes, sumado a su actuación como jefa de trabajos prácticos en esa materia y a que conocía como nadie las colecciones de ese departamento. El resto de los miembros de la comisión del concurso, votó a favor de esta candidata argumentando sus antecedentes docentes, su tarea en el ordenamiento de las colecciones y su preparación en mineralogía y “por ser una egresada de esta Universidad de La Plata, que puede ponerse como ejemplo de dedicación y entusiasmo”¹¹. Cabe señalar, que en la Facultad de Ciencias Exactas Física y Naturales de Buenos Aires, la primera mujer en ser nombrada profesora, en este caso suplente, fue Edelmira Inés Mórtola en 1930 y también en la cátedra de mineralogía, donde por varios años se había desempeñado como jefe de trabajos prácticos y se había ocupado de la ordenación de las colecciones¹².

¹⁰ Juana Cortelezzi pertenecía a una familia conocida de la ciudad, había ingresado al Museo como estudiante de ciencias naturales en 1907, recibiendo de farmacéutica y profesora de enseñanza secundaria en historia natural y química. Entre 1906 y 1932 ejerció la docencia en el Colegio de Señoritas de la Universidad, donde llegó a ser directora. También fue docente de práctica pedagógica de Mineralogía y Geología en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En 1927 se doctoró en química como una tesis sobre resinas fósiles. Por esos años, realizó varias estancias de investigación en la Universidad de Heidelberg, algo poco frecuente entre las naturalistas de esa época. Escribió algunos trabajos científicos y obras de divulgación y enseñanza. Entre 1927 y 1929 fue jefe de trabajos prácticos y asistente en el Instituto de Investigaciones Químicas de la universidad platense, ingresando al mismo tiempo como jefa de trabajos prácticos en Mineralogía y Geología del Museo. En esta institución ocuparía el cargo de profesora titular hasta su jubilación en 1939.

¹¹ AHMLP, Carpeta C-15, Exp. 49.

¹² Edelmira Inés Mórtola fue la primera egresada de ciencias naturales del país en presentar una tesis en ciencias geológicas. En 1919 fue incorporada como ayudante en la Dirección de Minas, Geología e Hidrología del Ministerio de Agricultura, bajo la dirección del ingeniero en minas, Enrique Hermitte, quien también enseñaba mineralogía, petrografía y geología en la Universidad de Buenos Aires, donde estudió Mórtola y se graduaron los primeros geólogos del país. En esa Dirección trabajó hasta 1923 y al año siguiente ingresó como jefe de trabajos prácticos en la cátedra de Hermitte en la

Aunque la década de 1930 pareció ofrecer mayores oportunidades para que las mujeres accedan al profesorado universitario, a mitad del siglo XX se mantendrá muy bajo el porcentaje de profesoras en las universidades argentinas. En este período, las ciencias naturales van tener un gran impulso, especialmente las disciplinas geológicas, con una afluencia creciente de alumnos y egresados varones, pero también con una mayor oferta de espacios laborales. Durante la década de 1930, la ampliación de los circuitos turísticos para la clases medias y sectores trabajadores, los cómodos y elegantes vapores o los coches-cama de los trenes, el uso del automóvil o de camionetas adaptadas como vivienda y laboratorio, harán que los viajes de estudio y recolección de muestras por el territorio argentino no se vea como una tarea incompatible con la “condición de las mujeres”. No obstante, los prejuicios de género seguirán operando y coartando los anhelos de trabajar en algunos espacios.

Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales de Buenos Aires, donde se ocupó de reorganizar las colecciones mineralógicas, petrográficas y paleontológicas de esta institución. Luego se desempeñó como profesora adjunta de mineralogía en la misma Facultad hasta 1948, época de intervenciones peronistas en las universidades. Desde 1956 hasta su jubilación en 1960 será profesora titular. Además, al igual que otras egresadas universitarias fue docente en el Liceo de Señoritas y el Instituto Nacional del Profesorado de Buenos Aires (CAMACHO, 2001, 2004; GARCÍA, 2006).

R. Inter. Interdisc. INTERthesis, Florianópolis, v.8, n.2, p. 83-103, Jul./Dez. 2011

REFERENCIAS

BARRANCOS, D. **Inclusión/Exclusión**. Historia con mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.

BARRANCOS, D. La puñalada de Amelia (o cómo se extinguió la discriminación de las mujeres casadas del servicio telefónico en la Argentina). **Trabajos y Comunicaciones**, n. 34, p. 111-128, 2008. Disponible em: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3726/pr.3726.pdf. Acesso em: 07 out. 2011.

CAMACHO, H. La primera generación de Geólogos Argentinos. **El Carnotaurus**, Buenos Aires, v.5, n.51, p. 2-3, 2004.

CAMACHO, H. Las ciencias geológicas en la Argentina, hasta 1939. **Saber y Tiempo**, v. 12, p. 177-220, 2001.

FARO, M. **La formación del Museo de La Plata**. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX. Rosario: Prohistoria, 2009.

FEIJOO, M. C. Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo. In: ARMUS, D. (comp.). **Mundo urbano y cultura popular**. Estudios de Historia Social Argentina. Buenos Aires: Sudamericana, 1990. p. 281-311.

FORS, L. Bibliotecarios y archiveros. **Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires**, n. 64-65, p. 134-137, 1904.

GARCÍA, S. **Enseñanza científica y cultura académica**. La Universidad de La Plata y las Ciencias Naturales (1900-1930). Rosario: Prohistoria, 2010.

GARCÍA, S. Ni solas ni resignadas: la participación femenina en las actividades científico-académicas de la Argentina en los inicios del siglo XX. **Cadernos Pagu**, Campinas, n. 27, p. 133-172, 2006.

HUNTER, E.; PYENSON, L. Mermaid: Margrete Heiberg de Bose in Europe and Argentina. **Saber y Tiempo**, Buenos Aires, v.5, n.20, p. 157- 169, 2005.

R. Inter. Interdisc. INTERthesis, Florianópolis, v.8, n.2, p. 83-103, Jul./Dez. 2011

KOHLSTEDT, S. G. Women in the History of Science: An Ambiguous Place. **Osiris**, Chicago, v.10, p. 39-58, 1995.

KOHLSTEDT, S. G. y LONGINO, H. The Women, Gender, and Science Question. What do research on Women in Science and Research on Gender and Science Have to do with each other? **Osiris**, Chicago, v.12, p. 3-15, 1997.

KOHN LONCARICA, A.; SÁNCHEZ, N. I. La mujer en la medicina argentina: las médicas de la primera década del siglo XX. **Saber y Tiempo**, Buenos Aires, v.2, p. 113-138, 1996.

MARTÍNEZ FUENTES, E.; PARODIZ, J.J. **Guia de Naturalistas Sudamericanos**. Buenos Aires: [s.n.], 1949.

MERCANTE, V. La mujer moderna. **El Libro**, Buenos Aires, v.2, n.12, p. 758-770, 1908.

MOREAU, A. La inferioridad de la mujer. **El Libro**, Buenos Aires, v. 2, n.12, p. 786-795, 1908.

NARÍ, M. **Políticas de maternidad y maternalismo político**: Buenos Aires, 1890-1940. Buenos Aires: Biblos, 2004.

PODGORNY, I. Egresados del país: es necesario reaccionar!. **Ciencia Hoy**, Buenos Aires, v.6, p. 60-64, 1996.

PODGORNY, I.; LOPES, M. **El desierto en una vitrina**. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890. México: Limusa, 2008.

RECALDE, H. Señoras y universitarias. Dos congresos femeninos del Centenario. In: RECALDE, H (comp). **Señoras, universitarias y mujeres (1910-2010)**. La cuestión femenina entre el Centenario y el Bicentenario de la Revolución de Mayo. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario, 2010. p. 19-80.

RODRÍGUEZ ETCHART, C. La inferioridad de la mujer. **El Libro**, Buenos Aires, v. 2, n.12, p. 779-786, 1908.

ROSSITER, M. **Women Scientists in America: Struggles and Strategies to 1940**. Baltimore: The Johns Hopkins Press, 1982.

R. Inter. Interdisc. INTERthesis, Florianópolis, v.8, n.2, p. 83-103, Jul./Dez. 2011

ROSSITER, M. Women's Work in Science, 1880-1910. **Isis**, v.70, p. 381-398, 1980.

TOFFOLI DE MATEOS, M.; SPEGAZZINI, E. Carolina Etile Spegazzini: Farmacéutica Naturalista y Química. **Acta Farmacéutica Bonaerense**, v.6, n.2, 1987.

Dossiê:

Recebido em: 10/10/2011

Aceito em: 01/12/2011